

EL LUGAR DEL HOMBRE DE RAMÓN J. SENDER,
LA VALIDACIÓN SOCIAL
COMO VÍA DE ACCESO A LA DIGNIDAD HUMANA

Haydée Ahumada Peña

Universidad Católica de Valparaíso, Chile
Universidad de Chile

En 1939, al término de la Guerra Civil española, aparece publicado *El lugar del hombre*¹. Ramón J. Sender es un escritor que ha perdido la guerra e inicia su exilio en México, circunstancias que enmarcan la producción de una novela con fuerte resonancia antropológica. Para el escritor, el significado del texto está claramente estipulado: “Es simplemente un alegato en favor del sentido universal de la presencia del hombre por el hecho de ser hombre, por el simple hecho de haber nacido. La importancia de ese hombre, quien quiera que sea, y el respeto que su presencia nos merece a todos”².

La crítica especializada ha concentrado sus esfuerzos en dilucidar el sentido que adquiere la historia de Sabino. Así, Marcelino Peñuelas ve en la novela los rasgos de una “narración realista, con implicancias sociales”³, donde el problema planteado alcanza sus “últimas consecuencias: la completa anulación de un individuo dentro de la sociedad”⁴.

Josefa Rivas, por su parte, se detiene en la misma historia señalando: “He aquí la preocupación más penetrante de Sender conseguida en *El lugar de un hombre*. el problema de la asimilación del hombre a una sociedad que debiera tener o gozar de los sentimientos naturales del individuo y que sin embargo destruye o puede destruir al hombre”⁵.

Juan Luis Alborg advierte una “deducción o moraleja filosófica, a saber: la importancia de un hombre, de cualquier hombre en el mundo, cuyo hueco nadie puede llenar y cuya ausencia puede desatar los mayores conflictos”⁶.

¹En su primera edición, la novela lleva como título *El Lugar del Hombre*. (Ed. Quetzal, México, 1939). En la segunda (C.N.T. México, 1958), aparece ya como *El Lugar de un Hombre*. Aparte del título, las ediciones posteriores presentan algunas variaciones del discurso. Por esta razón, utilizó para el análisis la Edición Destino, Ancora y Delfín. Volumen 465, España, 1975, corregida por el autor, pudiéndola considerar, en estas condiciones, el texto definitivo. Todas las citas refieren a esta edición.

²La opinión de Ramón Sender es recogida por Marcelino Peñuelas en *Conversaciones con R.J. Sender*, (Ed. Magisterio Español, Cultura, Entrevistas, Novelas y Cuentos, Madrid, 1969, p. 119).

³Marcelino C. Peñuelas *La Obra Narrativa de Ramón J. Sender* (Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, N° 153, Madrid, 1971, p. 73).

⁴*Ibidem*, p. 91.

⁵Josefa Rivas. *El Escritor y su Senda. Estudio Crítico-Literario sobre Ramón J. Sender*. (Editores Mexicanos Unidos, México 1, D.F., 1967, p. 40.)

⁶Juan Luis Alborg, *Hora Actual de la Novela Española* (Ed. Taurus, Persiles N° 21, Tomo II, Madrid, 1962, p. 55).

Sherman H. Eoff considera el texto como una reflexión acerca del lugar que corresponde a todo hombre en el mundo. Esta reflexión la inserta en el marco de un pensamiento filosófico existencialista. Según este planteamiento, la novela “empieza desde los cimientos a analizar el tema, sustrayendo del mundo de las relaciones humanas la presencia de una persona y observando, después, las consecuencias de su ausencia y de su reaparición”⁷.

Las opiniones vertidas por críticos y estudiosos, merecen contrastarse con la proposición de lectura expuesta en la “Breve Noticia” que acompaña a la primera edición. En ella, el sentido atribuido al texto pone énfasis en el sentimiento de lo humano, “quizá la raíz del único humanismo revolucionario posible” (p. 2). De tal modo que “sobre hechos históricos tramados sin artificio el lugar del hombre aparece vacío y ese vacío determina el valor de la ausencia, lo que no es en definitiva más que el ‘contravalor’ de la presencia” (p. 2). En el texto, esta ausencia-presencia se juega en cuatro figuras claves: Sabino, Juan, Vicente y el propio narrador⁸.

Sin desconocer la validez del trabajo crítico desarrollado hasta ahora, podemos advertir que los diferentes estudios y análisis en torno a la novela se centran, mayoritariamente, en la figura de Sabino y, en cierta medida, restan importancia a la presencia de Juan, Vicente y Pepe. Al intentar una visión de conjunto, la totalidad de las historias se articulan en una temática común: explicar la radical importancia de la singularidad humana. Por ello, la *Dignidad del Hombre* marcará nuestra aproximación textual⁹.

SABINO, UNA LECCIÓN DE DIGNIDAD

Miseria y humillación connotan la vida de Sabino. En el pueblo de Ontiñena su padre ejercía como dulero, cargo que desempeñaba sólo aquel “que no servía para nada” (p. 62). Su madre espigaba los campos ya segados, reuniendo en un haz las espigas olvidadas, mientras él, de niño y hasta un poco antes de los dieciocho años, recogía boñigas.

La situación desmedrada de Sabino se hace más evidente al integrarla al contexto comunitario, donde el respeto y la importancia social se sustentan en valores que se contraponen a la *Dignidad Humana*. Así lo ejemplifican los vecinos más poderosos, como don Ricardo que funda su personalidad en la riqueza y busca, a través de ella, la “veneración de la aldea”. Don Manuel, a su vez, tenía “una terrible fama de malvado”; el tercero en la representación del poder era avaro; la cuarta era una viuda que aparecía como una “pobre mujer indefensa” y Tomaser, el quinto, “no pudiendo crear un clan por sí mismo, se incorporaba de grado a la plebe”. (p. 22).

En un mundo que propicia la deshumanización, Sabino crece en el convencimiento de una falsa honorabilidad familiar. Su expresión: “en mi casa todos tenemos oficio” (p. 62), revela su ingenuidad e ignorancia y, al mismo tiempo, el desprecio colectivo,

⁷Sherman H. Eoff. *El Pensamiento Moderno y la Novela Española*. (Seix Barral, Barcelona, 1965, p. 250). En este mismo estudio se apunta la relación que puede darse entre *El Lugar de un Hombre* y la obra de Max Scheler.

⁸Las ausencias están determinadas por los 16 años que Sabino permanece en el Saso, los 15 años de condena que Juan y Vicente cumplen en la cárcel y un año que el narrador reside fuera del pueblo.

⁹Sobre el tema de la dignidad del Hombre en Sender puede revisarse: H. Ahumada Peña *Dignidad, el tema y su estructura en la novelística de Ramón J. Sender* en: Eduardo Godoy *Hora actual de la Novela Hispánica* (Ed. Universitaria de Valparaíso, U.C.V., Chile, 1994).

reflejado en la gracia que esta aseveración causaba a los vecinos. En este sentido, Sabino crecía como un ser carente de validez y de *dignidad*, porque “Sabino era, en el pueblo, el ser con quien nadie contaba” (p. 60).

En su juventud, ya consciente de su situación social, Sabino intenta validar su condición de hombre enfrentándose a un mozo de Zaidín. El fracaso de su intento le significa la burla y la anulación de su ser ante la comunidad. Así, después de esta derrota “la vida de Sabino era más vil aún. Pasaba por los lugares como un perro extraviado. Las mujeres se burlaban de él, también. Eso era al principio. Poco después ni siquiera se burlaban, lo desconocían. Sabino no existía” (p. 64). El desprecio colectivo obliga a Sabino a asumirse como un ser en soledad, quizás la peor de todas ellas, la que se vive al interior de la propia colectividad. Más tarde, la anulación social será refrendada por el examen médico del reclutamiento que lo declara *inútil*. El episodio refuerza la sensación de envilecimiento y provoca, a su vez, la aceptación de esta condición, “era la consagración de su insignificancia y no le molestó porque ya estaba acostumbrado” (p. 64).

En este proceso de denigración creciente, la presencia del amor otorga al protagonista la primera posibilidad de dignificarse. Si bien la unión de Sabino y Adela alcanza, en el pueblo, todos los rasgos de una burla y de una humillación pública es, al mismo tiempo, la gran oportunidad de validarse ante el otro. A través del amor Sabino descubre que la vida “le ofrecía algo” (p. 64), y este ofrecimiento consiste, fundamentalmente, en ser acogido por la mujer como un ser igual a ella en su condición de humanidad¹⁰. Adela es también la figura que lo protege del desprecio colectivo, ya que la posesión amorosa otorga a Sabino la seguridad necesaria para sentirse superior a los demás: “Se burlan, pero yo tengo a la Adela”. “Y acostado con ella creía vengarse de todos” (p. 65).

La infidelidad de Adela revierte la situación de Sabino, quien vuelve a convertirse en el centro de las burlas y a descubrirse como un hombre en soledad. Seguro del engaño de su mujer y sabiendo, después del episodio del mozo de Zaidín, que la violencia no le sirve para validarse ante los demás, Sabino abandona el pueblo y se va al Roquedal de Aineto donde permanece “dieciséis años, tres meses y once días” (p. 68).

La crítica no ha reparado en el profundo significado que esta partida posee. En general, el episodio se ha interpretado como una actitud pasiva de Sabino, quien huye presionado por la fuerza de los hechos y en ningún caso por el ejercicio, todavía primario, de su voluntad.

En nuestra lectura, la salida se instaura en el texto como el primer momento en que Sabino asume, en forma elemental, la conciencia de su *dignidad*. En este contexto, el *barrunto*¹¹ que explica su partida no es más que la exigencia de una *dignidad*

¹⁰De acuerdo a lo postulado por Max Scheler, el amor es el principio que promueve en el hombre todo crecimiento de valores. Esta misma idea se aprecia en la mayoría de las obras de Ramón J. Sender y se trabaja, con especial preocupación, en *El Rey y la Reina* (Ediciones Jackson de Ediciones Selectas, B. Aires, 1949).

¹¹El *Diccionario de la Lengua Española* define este concepto en los siguientes términos:

Barrunto. M. Acción de barruntar. // *Barrunte*, indicio, noticia.

Barruntar. (Quizá del lat. *promptáre*, descubrir) tr. Prever, conjeturar o presentir por alguna señal o indicio. (Real Academia Española, Editorial Espasa-Calpe, España, 1984, Tomo I, p. 179.)

presentada. La honorabilidad de Sabino, cuestionada colectivamente desde su niñez, es ahora una certeza personal. Por ello, Sabino se va, demostrando con su actitud los primeros atisbos de intimidad, de conciencia de su singularidad humana¹².

Las razones que se juegan en el texto para explicar la salida de Sabino, son una clara muestra de su consideración social. De este modo, su regreso obliga a los hombres que ejercen la autoridad moral en el pueblo a replantearse el problema¹³. Así, el cura expondrá claramente las razones que justifican el abandono del lugar, porque Sabino “se cansó de ser un cero a la izquierda, de esperar sin esperanzas”, y también “Por miedo a los hombres entre los que nunca era nadie” (p. 60). El abuelo, en cambio, alude a la responsabilidad social, la culpa compartida por cada uno de los integrantes de la colectividad, al considerar vergonzoso que una persona, “aunque fuera tan simple y tan incapaz de valerse, tuviera que huir al monte sin delito alguno” (p. 61).

Al término del relato, es el propio Sabino quien explicita las razones de su huida. Ante la pregunta acusadora del cabo sobre lo que ha hecho, él responde: “Lo menos que puede hacer un hombre. Marcharme”. (p. 184). Sólo al final del texto Sabino está en condiciones de verbalizar los sentimientos que lo obligaron a abandonar Ontiñena y la respuesta que entrega revela la capacidad de asumir todas las consecuencias de su decisión, para contrastarlas con la validez de su única razón, el convencimiento de la *dignidad* personal.

LA METAMORFOSIS

El proceso de dignificación que vive Sabino y su validación como hombre ante la comunidad, se manifiesta en el texto a través de la transformación física. La historia supone una primera etapa de animalización que se ubica en un espacio determinado y corresponde al Roquedal de Aineto, que aparece caracterizado como un lugar desolado y vedado para la vida humana. En este sentido, el Saso adquiere una clara connotación de reducto deshumanizador. Por ello, al ingresar a este espacio, la figura de Sabino alcanza los rasgos de un ser ambiguo, que sintetiza características humanas, animales y minerales. Esta integración del hombre al paisaje de desolación en que habita, se refuerza con la nueva imagen que adquiere Sabino, explicitada en el discurso como *hombre-oso*¹⁴.

¹²Romano Guardini en *Mundo y Persona* dice respecto al concepto de persona que “Sólo posee sentido, cuando hay otras personas con las que puede tener lugar el encuentro” (Cf. Ed. Guadarrama, Madrid, 1963, pp. 201-202).

¹³En el texto, las figuras del abuelo, don José y Pepe, el narrador, privilegian los valores humanos. Los Garcés gozan de la consideración social: don José organiza el duelo entre don Ricardo y don Manuel, su proposición de ayudar económicamente a Sabino es aceptada en el Ayuntamiento, es el primer hombre que Sabino reconoce y a él recurre pidiendo que su esposa le sea devuelta.

¹⁴Si bien para Juan-Eduardo Cirlot el oso es símbolo de lo instintivo y “atributo del hombre cruel y primitivo”; José Antonio Pérez-Rioja agrega a esta simbología un elemento importantísimo al señalar: “Representa, por lo tanto, algo peligroso, pero oculta dentro de sí un valor a realizar”. En este caso, el simbolismo inherente a la figura del oso guarda estrecha relación con el proceso de dignificación que experimentará el protagonista. La conciencia de sí, que obliga a Sabino a dejar su comunidad, es el valor que debe alcanzar su realización, en la consecución del lugar que le corresponde en el mundo. Juan-Eduardo Cirlot, *Diccionario de Símbolos* (Ed. Labor, Nueva Colección Labor, España, 1982, p. 344). José Antonio Pérez-Rioja, *Diccionario de Símbolos y Mitos* (Ed. Tecnos, Madrid, 1980, p. 328).

La condición animalizada de Sabino está determinada, además, por la leyenda que el pueblo construye de un ser con dos cabezas y rabo. Si bien los rasgos aluden a un ente grotesco, la comitiva que se dirige al Saso en su búsqueda, reconoce su naturaleza humana. Sin embargo, a nivel del discurso, las imágenes de hombre y de animal se entrecruzan y confunden continuamente, así Sabino es calificado con los términos *caza, pieza, presa y monstruo*¹⁵. Esta condición, resulta reforzada por la primera visión que la comitiva tiene del personaje y que lo describe como “algo, entre gris y amarillo, cubierto de pelos, que nos miraba espantado” (p. 34). Más tarde, el encuentro definitivo con el monstruo develará la dualidad de un ser, de apariencia animal, dotado de la capacidad de comunicarse con las raposas, pero que mantiene, hasta en las peores circunstancias, su radical singularidad¹⁶. En este contexto, la presencia de Sabino provoca en el narrador una reflexión fundamental sobre la condición humana, al señalar que “con su sola presencia, aquel hombre nos mostraba a todos nuestra propia miseria” (pp. 39-40).

Tanto la salida como el regreso de Sabino a Ontiñena guardan directa relación con el devenir histórico del pueblo. Ambos hechos instauran zonas límites, verdaderos hitos en un transcurrir comunitario que deja sus huellas en el tiempo. Así, la salida de Sabino significa el término de un momento histórico, de una forma de poder y su posterior reemplazo por otra, de signo distinto.

La culpa de Juan y Vicente, acusados de un asesinato nunca cometido, sobrepasa el ámbito individual para convertirse en una responsabilidad social, que se actualiza como la culpa de los liberales. El regreso de Sabino y su dignificación, así como la rehabilitación de los inocentes, unida a la reacción del pueblo en contra de don Ricardo, son claros indicios de un nuevo cambio. De este modo, la huida de Sabino abre el tiempo de don Ricardo y su regreso lo cierra, para instaurar, simultáneamente, el ciclo de don Manuel¹⁷.

El desplazamiento que implica el regreso al pueblo, trasladándose desde el Saso, espacio animal, a Ontiñena, espacio humano, explica la segunda transformación del protagonista e inicia el proceso de validación de su ser ante la comunidad.

El primer signo de humanidad que opera en este regreso, es la recuperación del lenguaje. La primera palabra que Sabino recuerda es el nombre de don José¹⁸. Más

¹⁵En *El Lugar de un Hombre*, como en la mayoría de las novelas de Ramón J. Sender, podemos apreciar una clara recurrencia a símbolos animales. En este sentido, resulta interesante la opinión de Kessel Schwartz: “In general, aside from thematic implications, Sender uses animals to indicate a variety of human relationships, both direct and indirect, among which are death, danger, sex, hunger, politics, religion and friendship. He stresses constantly the totem or identification aspects of animals and humans, gives us information about customs involving animals, has curious interludes and animal descriptions, and peoples his work with a great variety of animal metaphor”. (*Animal Symbolism in the Fiction of Ramón Sender. Hispania*, volumen XLVI, N° 3, septiembre, 1963, p. 497).

¹⁶En este sentido se puede valorar, en su real dimensión, otro rasgo del “monstruo” que llamaba la atención de las personas civilizadas: no atacaba, ni robaba.

¹⁷Es interesante detenerse en las reflexiones críticas que la salida y el regreso de Sabino han suscitado. Así, pueden compararse los planteamientos de Charles OIstand (“The Rebel in Sender’s” “El Lugar del Hombre” en *Hispania*, Volumen XLVIII, N° 1, March, 1964, pp. 95-99) y Charles L. King en *The role of Sabino in Sender’s El Lugar de un Hombre* (*Hispania*, vol. 50, N° 1, March 1967, pp. 95-98).

¹⁸Hay una estrecha relación entre el primer nombre recordado y la función que este personaje cumple en el proceso humanizador de Sabino. Recordemos que el abuelo, don José y el narrador se identifican, en el texto, como seres conscientes de la singularidad humana.

tarde, parado frente a su casa, sonreirá y será capaz de pronunciar el nombre de su mujer: Adela¹⁹. La recuperación del lenguaje significa la entrada al encuentro humano, a la relación Yo-Tú y, por sobre todo, marca el ingreso al mundo de sentido en que vive el hombre.

Un segundo paso, de radical importancia en este proceso de dignificación, corresponde al reconocimiento de la propia existencia y a la declaración pública de su identidad, que Sabino hace ante la multitud: "Soy yo. No tengáis miedo. Yo soy Sabino, marido de la Adela". (p. 57).

El proceso de humanización y validación ante la sociedad que Sabino ha iniciado, se enfrenta a la opinión del pueblo que se resiste a reconocer su singularidad humana. Es así como los habitantes de Ontiñena y Castelnovo niegan la realidad de Sabino y lo consideran un aparecido, nada más que "el fantasma de Sabino". Esta situación provocará, en un primer momento, la desrealización del personaje ante la colectividad y refiere a la condición de cosa, de objeto, que la comunidad asigna al protagonista antes de su huida al Saso.

La desrealización queda claramente estipulada en el texto, al indicarse que Sabino "iba adquiriendo un relieve fantasmal" (p. 54). Incluso, el propio Tomaser duda al señalar que "si no se equivocaba "Sabino era de carne y hueso" (p. 58)²⁰. Esta condición de fantasma atribuida al personaje, alude también a la idiosincrasia de un pueblo que se espanta y se siente incapaz de comprender las razones que puede tener un hombre para separarse y vivir fuera de la sociedad durante dieciséis años, aceptando que "su mujer entretanto durmiera con otro" (p. 73). Y, por sobre todo, refleja la fe y la calidad de infalible que la sociedad otorga a sus propias instituciones.

El regreso de Sabino motiva una reunión urgente del Ayuntamiento. En ella se tratan dos puntos: la reaparición de Sabino y la devolución del cigüeñato a su nido. En la sesión, el caso de Sabino y la preocupación por su destino futuro se discute, en igualdad de condiciones que la devolución del pájaro a su lugar de origen. El texto sugiere un cierto paralelismo entre ambas figuras, especialmente, por el impacto que provocan al interior de la comunidad. La devolución del cigüeñato a su nido, deviene, entonces, en adelanto metafórico de la reintegración de Sabino y la recuperación de su lugar en la comunidad²¹.

Sabino supera su desrealización y se proyecta a su plena dignificación al obtener un trabajo remunerado. Don José, el primer hombre que Sabino identifica, es el mediador en la integración y reconocimiento social del protagonista. De partida, él es quien propone al Ayuntamiento la asignación de un cargo que asegure la subsistencia y la igualdad de condiciones a Sabino. Los oficios propuestos son tres: alguacil suplente, auxiliar del guarda de la acequia y barrendero. En un primer momento, se considera el puesto de barrendero como el más apropiado para la personalidad del

¹⁹Una idea recurrente en Sender es definir al hombre como el único ser que ríe: "Bueno, el hombre es el único animal, según parece, que tiene conciencia de la muerte. Y es el único animal también que ríe. Parece que la risa nos ha sido dada como una compensación de la conciencia de la muerte". M. Peñuelas. *Conversaciones* edición citada, p. 120. Así, la sonrisa de Sabino da cuenta de su condición humana.

²⁰Refiere a esta misma desrealización el autor implícito, al proponer como subtítulo en el capítulo IV "El Monstruo no es un Monstruo sino el Fantasma de Sabino" (p. 39).

²¹El episodio del cigüeñato, recurrente en Sender, se incorpora al extenso mundo animal que se actualiza en su obra (Cf. Kessel Schwartz, *op. cit.*).

protagonista, pues el ejercicio de los otros dos requería de cierto valor. Sin embargo, al final del texto, el trabajo obtenido es el de guardia auxiliar de la acequia, signo del cambio experimentado en la aceptación y reconocimiento social de Sabino.

Finalmente, la consecución de la propia *dignidad* quedará formalmente establecida en la recuperación de su mujer, Adela. Sólo entonces, Sabino accede al verdadero lugar que le corresponde en el mundo.

Cuando Sabino regresa a Ontiñena, el primer lugar al que se dirige es a su casa, pero no puede permanecer allí, pues su mujer se ha casado con otro. Estas circunstancias obligan a Sabino a hospedarse donde su madre, pero él tiene una “necesidad apremiante de su casa” (p. 175), y, de ahora en adelante, todos sus esfuerzos se centrarán en volver al hogar, pues Sabino tiene ya clara conciencia del espacio que le pertenece. Mientras vive con su madre, Sabino acecha continuamente la casa de Adela hasta cerciorarse que la mujer ha quedado sola, porque para el segundo esposo “No es honrao que habiendo aparecido Sabino yo siga con la Adela” (p. 177). Así, la retirada del segundo esposo ratifica la supremacía del personaje y deviene en reconocimiento implícito de su hombría²².

El texto contrasta, en este punto, la *dignidad* adquirida y la animalidad superada, a través del episodio del circo. En la plaza, un corro de niños mira a un oso grande y viejo. Sabino se detiene ante él, era el primer animal salvaje que veía desde su regreso del Saso y mirándolo sentía “viejas cosas conocidas” (p. 159). El oso del circo actualiza las primeras imágenes que se construyen de Sabino y hace evidente la superación del personaje en su aspecto humano. Significativamente, Sabino pasa, más tarde, por el lado del animal sin detenerse.

Mientras se incendian las tierras de don Ricardo y el pueblo acude a mirar la catástrofe, Sabino abandona la casa materna y se dirige “firme, seguro sobre sus pies” (p. 80), a su propio hogar. Es necesario detenerse en esta presencia del fuego, quizás uno de los símbolos más logrados en el texto. En la seguridad de la inocencia de Juan y Vicente, los campesinos incendian tres almiarés y la posesión más hermosa de don Ricardo, Los Pinos. Siguiendo a Gastón Bachelard podemos ver aquí una finalidad purificadora de este elemento, que emplaza la responsabilidad de don Ricardo en la injusta condena sufrida por Juan y Vicente. Para el especialista: “Primitivamente, sólo los cambios por el fuego son cambios profundos, hirientes, rápidos, maravillosos, definitivos”, “Por el fuego todo cambia”²³. De este modo, la figura de Sabino y la presencia del fuego se complementan en el texto para mostrar el término del ciclo de don Manuel, líder de los liberales. Pero el símbolo no se agota aquí, se trabaja también en su aspecto vital, porque el fuego posee una clara connotación sexual presente en el reencuentro de Sabino y Adela. En definitiva, es la consumación amorosa la que otorga a Sabino su verdadero lugar.

Al entrar en el hogar, Sabino llama a su mujer y descubre en su voz “toda su intimidad” (p. 181). Este espacio se signa, entonces, como un lugar de encuentro consigo mismo y con el otro. Por ello, la casa simboliza el puesto único y singular de Sabino, quien declara: “Ese era mi puesto. Y es lo que yo digo. Aún hay calor en mi

²²El episodio demuestra, además, la posición moral de Sabino. Su actitud alude a una jerarquización de valores que ponen de manifiesto su humanidad.

²³Gastón Bachelard. *Psicoanálisis del Fuego*. (El Libro de Bolsillo, Sección Humanidades, volumen 32, Alianza Editorial, Madrid, 1966, pp. 98-99).

sangre” (p. 182). En este plano, al sentarse en su silla, Sabino toma posesión del mundo, accede a su lugar y alcanza su plena *dignidad*²⁴.

JUAN Y VICENTE, LA HISTORIA PARALELA

El proceso de dignificación que vive Sabino adquiere nuevas resonancias en la historia de Juan y Vicente²⁵. Al desaparecer Sabino, los dos campesinos de Castelnovo, considerados hasta entonces personas honorables, son acusados de asesinato e inician, junto al juicio legal, su propio proceso de degradación.

La primera etapa de este proceso lo constituye la animalización de ambos hombres, como producto de la tortura y vejámenes a que son sometidos. De este modo, se revierte su condición humana y sus expresiones de miedo y dolor se connotan por la animalidad. Así lo ratifica el discurso: “Juan tenía miedo a perder la presencia del juez, aquella presencia que les permitía ser tratados si no como personas, con la indiferencia que se tiene por los animales” (p. 109).

La degradación alcanzará un segundo momento, en la conciencia que ellos tienen de perder su propia dignidad: “ya no seremos hombres en nuestra vida”. La confesión del crimen, obtenida bajo tortura, hace que los campesinos sean condenados a cadena perpetua, pero al intentar comprender la situación de injusticia que viven, sólo atinan a considerarse “culpables de inocencia”²⁶, porque su culpa radica en la incapacidad de demostrar la verdad.

Con el ingreso a la cárcel culmina la denigración, porque la cárcel se instaura en el texto como un espacio de humillación, un lugar en el que cualquier acto de hombría está vedado. Este sentido que se atribuye al ámbito carcelario, está claramente expuesto en el discurso del preso: “Ese clavo que hay en la puerta es para colgar los testículos al entrar. Yo los dejé allí cuando vine. Todos coincidían. Querían decir que no había la posibilidad de la menor reacción viril, allí dentro” (p. 135).

Juan y Vicente cumplen una condena de quince años²⁷. Pasado este tiempo,

²⁴Esta dignidad ha sido corroborada por el ingreso de Sabino a la “historia escrita” del pueblo. Su asesinato circula como romance de feria y se vende en los corros de los ciegos. Sabino está consciente de la dignidad que otorga la palabra escrita: “...cada vez que veía su nombre en letra impresa se sentía halagado” (p. 158). Este respeto a la letra escrita es señalado también en el discurso: “Los campesinos no destruyen nunca los papeles y una hoja impresa que cae en sus manos pasa a la de sus bisnietos” (p. 147).

Este recurso de ingresar a la historia a través del romance, está presente también en la figura de Paco, el del Molino en *Réquiem por un Campesino Español* (Las Américas Publishing Co., a Cypress Book, Edición Bilingüe, N. York, 1960), y Billy the Kid en *El Bandido Adolescente*. (Biblioteca Básica Salvat, volumen 51, Salvat Editores, España, 1970.)

²⁵Las historias de Sabino, Juan y Vicente, tienen en el relato una diferenciación cronológica. Sin embargo, en el plano del sentido sugerido por el texto, alcanzan la condición de historias paralelas, al actualizar la problemática de la dignidad humana.

²⁶Esta imagen del “culpable de inocencia” recorre toda la obra senderiana. Aparece definitivamente conceptualizada en *Los Cinco Libros de Ariadna*: “Los ‘escarmientos’ de Verín consistían en hacer fusilar soldados inocentes. Tal vez culpables de inocencia”. (Ed. Destino, Colección Ancora y Delfín, Volumen 500, España, 1977, p. 456.)

²⁷Especial atención merece la temporalidad trabajada en la novela. El discurso entrelaza, continuamente, dos tiempos: 15 y 16 años. La primera cifra corresponde a los años que Juan y Vicente pasan en la cárcel; la segunda es el período que Sabino permanece en el Saso. Sin embargo, la temporalidad sufre una suerte de indeterminación, de cierto relativismo. Así tenemos que para el asesinato de Sabino se marcan dos fechas: 10 y 22 de octubre de 1910 (La primera edición ofrece una variante al respecto: “fue el día 10, digo el 22 de octubre último, cuando mataron a Sabino” (p. 82).

regresan a Castelnovo, e igual que Sabino, deben luchar por recuperar la consideración social. En este aspecto, Vicente supera todos los obstáculos que se le oponen, es acogido por su esposa y ante los recelos del pueblo, de vivir con un asesino, él responde con su indiferencia. Juan, en cambio, sufre la infidelidad de su mujer y la intolerancia del hijo. Por ello, es más receptivo a la actitud despreciativa que manifiesta la comunidad.

La presencia de Sabino revierte la situación de ambos personajes. Don Ricardo, muy a su pesar, se encarga que el Ayuntamiento redacte un oficio donde se declara vivo a Sabino y se restaura la honorabilidad de Juan y Vicente²⁸. De este modo, los campesinos recuperan la *dignidad* perdida.

El proceso de dignificación se completa con el acceso al trabajo, en Vicente y el reencuentro familiar de Juan.

DOS HISTORIAS PARA UN NARRADOR ADOLESCENTE

Las historias de Sabino, Juan y Vicente, se despliegan ante los ojos de un narrador adolescente, testigo parcial de los hechos, en los momentos en que éste se valida como adulto ante su comunidad²⁹.

Los valores humanos se presentan en el texto a través de dos figuras: el abuelo y el padre. A esta serie se integra el narrador, en una clara línea de identificación y de continuidad de una estirpe propiamente tal: “Garcés rematado. En un año le ha salido la hombría. Tiene las mismas hechuras de su abuelo, y de su padre” (p. 11). De este modo, el abuelo, el padre y el narrador se manifiestan como la reserva moral del pueblo, situación que el texto evidencia al privilegiar, en estos tres personajes, una conciencia y a la vez una consecuencia de la condición de *dignidad*, inherente a cada ser humano.

En este contexto, el discurso propicia una función didáctica para las historias de Sabino, Juan y Vicente. En un primer momento, el ejemplo alcanza a toda la comuni-

Por otra parte, los años que Sabino está fuera de la comunidad se homologan a la condena cumplida por Juan y Vicente: “...para que ella se acostumbrara a la idea de que Sabino no era ningún fantasma sino el mismo hombre de carne y hueso que quince años antes se acostaba con ella” (p. 181); “...dijo que teniendo en cuenta la situación que creaba en la vida del pueblo la reaparición de Sabino, a quien se consideraba muerto hacía quince años” (p. 70); “Después de la explosión olía a pólvora y aquel olor quince años después le recordaba a Sabino su propia infancia” (p. 158); “No pensaba en los sufrimientos de Sabino a lo largo de aquellos quince años” (p. 75). En cambio, otros enunciados confirman los 16 años pasados en el Saso: “Antes de dejar su puesto —dieciséis años atrás— (p. 182). La situación de los condenados también se acerca a esta temporalidad: “Repórtate Juan ¿No has aguantao como mi Vicente dieciséis años de miserias?” (p. 156).

El problema se hace más complejo al introducir la temporalidad del presente. En el capítulo XVI “Cucut, Cucut, el Dos de Mayo, Santa Cruz” se señala: “Faltaban ocho días para comenzar las fiestas, en el año de 1925”. Ese día domingo, Ana Launer lee las coplas del asesinato, Sabino ya ha regresado y el tiempo de su aislamiento se reduce a 14 años y 6 meses.

Una primera aproximación al problema nos permite advertir la estrecha relación de las historias de Sabino, Juan y Vicente en esta temporalidad que fluctúa entre los 15 y los 16 años.

Indudablemente, el tema ofrece espacio para desarrollar estudios específicos.

²⁸En este punto, el discurso denuncia la participación de don Ricardo en la condena de Juan y Vicente. Se explicita, además, el uso político que don Manuel y don Ricardo hacen tanto de la desaparición como del regreso de Sabino.

²⁹El narrador sale del pueblo a los 15 años y regresa a los 16. Nuevamente apreciamos la cercanía de las temporalidades 15 y 16 años.

dad y así lo declara el sacerdote: "Ese pobre Sabino y la pécora de su mujer no valen nada en el mundo, pero a Dios le gusta servirse de los más humildes para darnos lecciones"³⁰ (p. 59). Esta misma función didáctica opera para la figura del narrador, porque ambas historias le permiten reflexionar sobre la condición del ser humano: "Yo hablaba con mi abuelo de todos aquellos acontecimientos" (p. 177).

En definitiva, el narrador recibe una verdadera lección de humanidad y alcanza la superioridad de los Garcés a través de un conocimiento: la real dimensión de la singularidad humana.

A MODO DE CONCLUSIÓN:

En nuestra lectura, la novela se constituye en una profunda reflexión sobre la naturaleza humana y el puesto único que corresponde a cada ser en el mundo.

Al explicitar su sentido, el texto descubre la validación social como un proceso humanizador. Sabino, con el germen de una singularidad presentida, huye de su comunidad emplazado por el desprecio y la burla. Su regreso traza, con claridad y precisión, el camino para alcanzar la *Dignidad* plena, camino que pasa por la conciencia de sí, el ejercicio de la libertad, la vivencia del amor y el reconocimiento del otro, en igualdad de condición. Las historias de Juan y Vicente complementan y refuerzan este concepto.

En definitiva, *El lugar de un hombre* instaura en la obra senderiana su propuesta de acceso a la *Dignidad* del ser humano, configurando como primera vía, la validación social del individuo.

³⁰El correlato bíblico que se sustenta en la figura de Sabino como "pobre de espíritu" (p. 59), es una línea de investigación con interesantes proyecciones. Otros rasgos pueden ser un aporte a este estudio: vive en el barrio de las Tres Cruces (p. 55), posee "barbas bíblicas" (p. 50), al obligarlo a caminar Morel apoya el cañón de su escopeta "en el costado" (p. 50), la primera comida entre sus captores consiste, fundamentalmente, en pan y vino (p. 42), es confundido con un fantasma y él declara: "Soy yo. No tengáis miedo" (p. 57), reiterando la confusión y la declaración de Jesús al caminar sobre el mar: "Soy yo. No tengan miedo" (Jn. 6. 20-21).

A nivel general, podemos advertir la presencia de un código que se actualiza en la figura de los personajes-víctimas. En esta serie podemos señalar: Froilán Carvajal, Cristobaliyo (Mr. Witt en el Cantón) y Paco el del Molino (Réquiem por un Campesino Español).